

# DIAY NOCHE



Ayuntamiento de Madrid

**OBSEQUIANDO AL FAVORITO**

(Dibujo de Vázquez Calleja)

10 cts

## A nuestros suscriptores de Madrid

Les participamos, que habiendo suspendido la suscripción para Madrid, y como hemos terminado nuestro compromiso, les serviremos los ejemplares que se publiquen en el corriente mes de Enero y serán atendidas las reclamaciones que se nos hagan.

## A nuestros lectores y corresponsales

Con la nueva reforma de esta Revista, a los suscriptores les participamos que al hacer el pago de suscripción adquieren el derecho de que se les entregue los nueve pliegos que van publicados de las novelas El Crimen de la Joyería y Kenilworth con el fin de que puedan estar al corriente de la publicación sin que para esto tengan que hacer sacrificio alguno, por lo que esta empresa ha tenido a bien hacer este obsequio a sus lectores.

A nuestros colaboradores espontáneos se advierte que no devolvemos los originales que nos envíen, ni sostendremos correspondencia acerca de ellos, ni aun en el caso en que nos remitan sello para franquear la repuesta.

Queda prohibida la reproducción de todos los originales literarios o artísticos publicados en este ejemplar.

“Día y Noche” no recibe anticipos ni subvenciones de ninguna especie del Gobierno, y espera vivir del favor del público.

No pagaremos ningún original que se nos envíe espontáneamente sea literatura, dibujos o fotografías, de modo que todo colaborador espontáneo al enviarnos sus trabajos da por aceptado que desea que se publiquen gratis. Sólo pagaremos aquellos trabajos que la Dirección DIA Y NOCHE haya solicitado directamente, por medio de carta con membrete y la firma del director.

## Sección de correspondencia

### CONCURSO DE DIBUJOS

- Núm. 93.—D. E. V.—Valencia.  
Núm. 94.—D. L. M. D.—Segovia.  
Núm. 95.—D. A. G.—Villamartin (Cádiz).  
Núm. 96.—D. M. F. C.—Madrid.  
Núm. 97.—D. J. R.—Madrid.  
Núm. 98.—D. J. F.—Madrid.  
Núm. 99.—D. L. P. E.—Madrid.  
Núm. 100.—D. M. D.—Gerona.  
Núm. 101.—D. L. R.—Madrid.  
Núm. 102.—D. J. G.—Málaga.  
Núm. 103.—D. A. P.—Santander.

- Núm. 104.—D. F. L.—Madrid.  
Núm. 105.—D. M. M.—Almería.  
Núm. 106.—D. G. C.—Zaragoza.  
Núm. 107.—D. J. D.—Málaga.  
Núm. 108.—M. F. C.—Madrid.  
No son publicables.

E. Español.—(Coruña).—No hay inconveniente en publicarle los pasatiempos en las condiciones que ofrece usted, si nos envía su verdadero nombre y dirección, aunque en el periódico firme con seudónimo.





# Día y Noche



Director: FERNANDO PONTES

Redacción, Administración y talleres: Cardenal Cisneros, 47.

APARTADO DE CORREOS, 809.—TELEFONO J. 923.

Suscripción: provincias 6 ptas. año

Anuncios: precios convencionales

Año II

Madrid 19 de Enero de 1919

Núm. 3

## CRÓNICA SEMANAL

La fiesta de San Antón va de capa caída, y el golpe final se lo ha dado el automóvil. Realmente, no se debe sentir mucho la



ciones en todas las tabernas del tránsito.

En España jamás ha existido, ni existe actualmente, el amor hacia los animales; y el caballo, la mula y el asno son víctimas propiciatorias de la brutalidad popular, y de la indiferencia de las clases directoras. Suponemos que existe una «Sociedad protectora de Animales», pero no sabemos que haga campaña en el sentido del cumplimiento de sus fines propios y obligatorios.

desaparición de una romería que había perdido todo el carácter artístico pue haya podido tener en pasados tiempos, y que durante los últimos años solo sirve, con el pretexto de exhibición de algunos jamelgos y viejos famélicos, para realizar copiosas liba-

El cariño a los animales indefensos, tendría que ser obra de los maestros de escuela, y para esto sería necesario que esos maestros tuvieran ellos mismos arraigada en su alma la compasión hacia aquellos pobres seres, y la infiltraran en el corazón de

sus discípulos al mismo tiempo que los rudimentos de la lectura.

Si esto sucediera a través de toda España, en pocos años quedaría borrado del alma nacional uno de los más feos estigmas.

Pero, por desgracia, creemos que la mayor parte de nuestros maestros, son ajenos por completo a semejantes ternuras, que no se avendrían con las capeas famosas y con los paseos campestres con la escopeta al hombro, por si sale un pajarillo.

\* \* \*

No es la fiesta de San Antón la única que decae de su antiguo esplendor.

Casi todos estos festejos populares, admitidos con carácter oficial o semi-oficial, han seguido la misma pendiente.

En sus buenos tiempos, la disculpaba cierto elemento artístico que se exteriorizaba en ellos, y sobre todo les daba razón de ser la falta de diversiones al alcance de las clases populares.

Pero hoy, de semejantes fiestas

callejeras sólo queda la bullanga, el escándalo y la grosería.

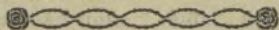
La Romería de San Antón, los Carnavales, la fiesta de los Reyes Magos, la Noche Buena, y la *toma de las uvas* en año nuevo, deben desaparecer en absoluto de las calles, y refugiarse en locales cerrados o alejados de las grandes urbes.

Si no ha ocurrido ya esto, que demanda la decencia y el respeto a la tranquilidad pública, no es por falta de razones, sino por fal-



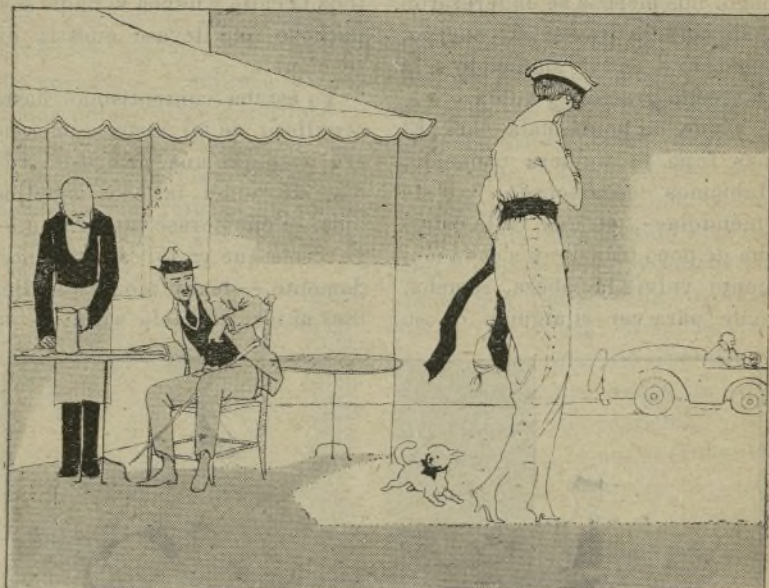
ta de valor cívico en las Autoridades, que muchas veces prefieren la populacheria al cumplimiento de sus verdaderos deberes.

FERNANDO PONTES.





# Mi primera conquista



Hacia seis días que había llegado a la ciudad, una ciudad con grandes paseos, plazas y calles, alegre y bonita como francesa.

Refrescando me hallaba tranquilamente en el sitio más cómodo de una céntrica cervecería, cuando pasó por delante anunciándose con un taconeo recio y rítmico, una francesita rubia—sin oxígeno—, de tanta belleza, dis-

tinción y donaire, que de haber pasado por la población más culta de España, en aquella hora de animación y sola como iba, es seguro que hubiera recogido en su camino, un buen caudal de piropos, indiscreciones y desvergüenzas más o menos encubiertas, a las que es muy dado el carácter español y muy poco el francés.

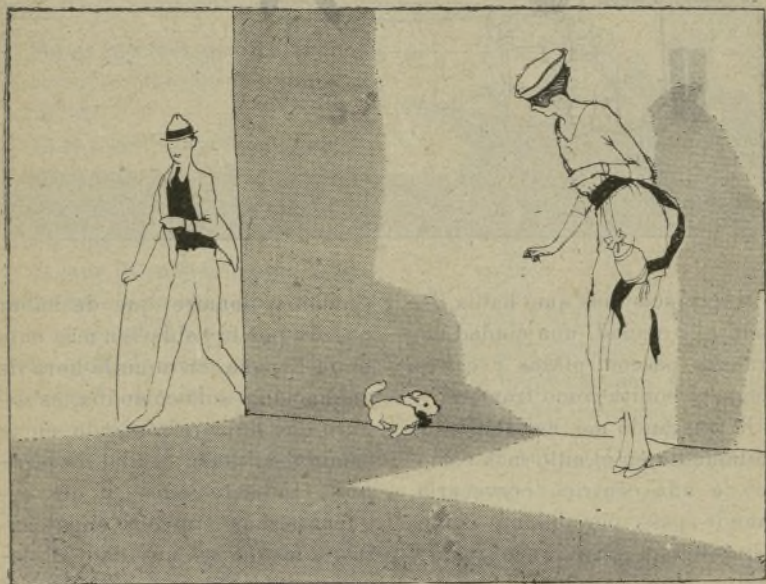
## DÍA Y NOCHE

Yo de mí sólo sé que siéndome imposible evitarlo,—y conste que lo intenté—una de mis manos sacó de mi bolsillo una moneda, pagó, mis piernas se enderezaron y llevándose tras sí mi cuerpo, echaron a andar siguiendo a la francesita graciosa y rubia.

Y que no ponía mala cara. El más topo lo hubiera conocido. Habíamos desembocado,—yo siguiéndola—, en una calle estrecha de poco tránsito y a cada momento volvía la cabeza, risueña, como para ver si alguien de su

agrado la seguía. Y que ese alguien era yo, no cabía duda. Cada vez que ella miraba, yo a mi vez examinaba de una rápida ojeada toda la calle y nunca vi nadie sospechoso que llevase nuestra dirección.

Yo estaba contentísimo, hasta orgulloso de mí mismo, pues no era poco que una princesita rubia, de aquél talle y aquellos ojos, se enamorase tan pronto,—yo creía que ya lo estaba rendidamente,—de un mozo que diez días antes, no había salido de su





pueblo, la capital de provincia y poblaciones vecinas.

Además el atractivo que siempre tiene nuestra primera aventura, me daba tanta fuerza *tenoresca*, que más de una vez estuve tentado de acercarme,—a una de sus miradas—, y soltarla una sucesión de chicoleos y piropos en nuestro fluido léxico, que bien pudiera durar hasta su propio domicilio, por retirado que fuese.

Pero el temor a contrariar las



costumbres de un país extraño, y el de que después de mi discurso, se quedara la francesita muy fácilmente «en ayunas», me hicieron contener más ímpetus hispanos, dejar en paz la lengua y conformarme con seguir como hasta entonces andando a respetable distancia.

Durante dos o tres calles que recorrimos, no dejó mi persecuida de echar sus incendiarias mi-

raditas y al llegar a una esquina, volvió la cabeza, se paró y cuando yo creía,—naturalmente—, que se acercaba el momento de una entrevista feliz, y ya mi corazón latía con más fuerza, extendió el brazo y balbuceó un nombre dulcemente, dándose palmaditas en los muslos, llamando... ¿a quién dirán ustedes que llamaba? Pues... a un perrito muy blanco y muy mono, que por mi lado había venido todo el rato, que sin duda era el objeto de sus miradas y que al oír la voz de su ama, inició una corta carrera, llegó hasta ella, dió a su alrededor unos cuantos saltos de satisfacción al verse acariciado y ambos siguieron de nuevo el camino, meneando el cerro la cola muy graciosamente, no sé si burlándose de mí u orgulloso de ir tan bien acompañado.

.....

Allí, en medio de la acera, donde me sorprendió la llamada de la gentil rubia al perrito, quedé sin moverme un buen espacio de tiempo, hasta que hubo de sacarme de mi ensimismamiento un fuerte empujón que uno que tenía prisa me propinó al pasar.

GUILLERMO Y FRANCISCO RELLO.

# LAS REGIONES

## CASTILLA LA VIEJA

*A Doña Francisca Heredia*

Latifundios inmensos que pueblan la llanura  
serranías abruptas de picachos salvajes  
Restos de las costumbres de los abencerrajes  
Mezcladas con la sangre que destila bravura.

Campos de trigo, bellos, en los que el sol se baña  
Leyendas y cantares de héroes y de santos  
¡Vivero de naciones! ¡Fundadora de España!  
País de sufrimientos, de rezos y de llantos.

Ávila es la mística ciudad de Teresa  
Logroño es el ambiente de alegría y de luces  
Soria y Segovia estrofas de un épico cantar.

Santander es la bella capital montañesa  
Y Burgos cortesana de trébedes y alcuces  
Es patria del heroico Rodrigo de Vivar.

## ANDALUCIA

*Al poeta Amadis.*

Feraz es la campiña con tonos purpurinos  
Gracia, luz, alegría, sonos de panderetas  
Digna patria de sabios, pintores y poetas  
De mujeres hermosas con ojos peregrinos.

Almería es la uvera región por excelencia  
Málaga la más bella provincia bética  
Granada es un archivo de la árabe ciencia  
Y Jaén un poema de rezo y de campana.

Huelva industrial, minera, no parece andaluza  
Sevilla es suave aroma de una flor tropical  
Y Cádiz que domina el Atlántico mar.

Córdoba califato de la raza de Muza  
Se alza con su mezquita, hoy sobria catedral  
Qué fué reina en los siglos belicosos de Agar.

LUIS ANTONIO DE VEGA.



EN CHUNGA

## Don Gaudencio, friolero

Don Gaudencio, en cuanto llegan los grisáceos meses comprendidos entre Noviembre y Marzo, ambos inclusive, comienza a tiritar convulsivamente.

La indumentaria invernal de don Gaudencio, está compuesta de las siguientes prendas, todas de abrigo, por supuesto:



Dos pares de calcetines de lana (de los Pirineos según los comerciantes; de oveja según este servidor de ustedes), para cada pie.

Unos azafrañados calzoncillos de bayeta, encubridores (que los procesen) de otros color de doncella histérica, los que sirven para ocultar las delicadas y ebúrneas carnes gaudencianas.

Item más: dos camisetas de punto que se diferencian de los cocheros en que no gastan chistera.

Otrosí: un peto de piel de conejo auténtico, ignoro si casero o de los otros.

Una camiseta de franela superpuesta a otra de algodón.

Esto en cuanto a lo interior se refiere, que en lo que respecta a lo externo: Unas botas con suela de goma, forradas con piel de cabra.

Un traje completo, con su correspondiente chaqueta, pantalón y chaleco, confeccionados de tela impermeable, de cuatro centímetros de espesor.

Un gabán superacorazadísimo, guateado y ribeteado de astracán falsificado.

Un gorro de alpinista, con orejeras y anteojeeras.

Y una bufanda triple, como el anís que despachan en las tabernas.

Hay que añadir la corbata, el cuello planchado, unos guantes de explorador polonorteño, otro chaleco de Bayona y una faja más larga que zanja de metropolitano en construcción.

En su domicilio tiene clavadas las ventanas, con los intersticios adornados de esa longaniza incombustible que expenden en algunos establecimientos con el nombre de burlete: las rendijas se hallan interceptadas con papeles doblados, y la mirilla de la puer-

ta que da entrada al piso, sólo gira la mitad, con objeto de que entre la menor cantidad de aire posible.

Don Gaudencio pierde las tres cuartas partes de su existencia durante el invierno consultando los termómetros, y pasando las de Abel al observar que el mercurio no ha sabido gatear por encima de la rayita indicadora del cero.

La otra cuarta parte de su vida frigorífica, la desperdicia en levantarse de la cama.

Al acostarse, encarga que le despierten temprano; llegada la hora del ahuequen, da unas vueltecitas bajo las sábanas y las doce mantas que le protegen contra las heladas nocturnas; medita un rato; piensa en que por la calle hace un frío que pela, afeitada y riza el pelo; toma una resolución heroica, y saca un pie, mas al notar que la glaciación del ambiente le acaricia mordiendo la epidermis, mete la pata enseguida entre las sábanas protectoras. Las escenas que acabo de describir se suceden con intervalos de media hora, y el final del acto es casi siempre el mismo: don Gaudencio acaba por no levantarse.

Preocupado con los sufrimientos que le originan las bajas temperaturas, don Gaudencio ha visitado en peregrinación a los más famosos galenos, los que a pesar de su ciencia no pudieron o supieron encontrar remedio a su frioleridad.

Mas don Gaudencio, por ca-

sualidad, (método infalible para hacer descubrimientos,) encontró la solución, que si bien supone ciertos sacrificios, son estos minúsculos en comparación del bienestar fogoso de que disfrutará en adelante.

La cosa fué así: iba don Gaudencio por la calle de Alcalá la otra tarde, dando caninos con molares y molares con caninos, cuando topó con un amigo suyo, a quien hacía diez años que no veía, cuyo amigo iba a cuerpo gentil, desafiando los rigores de la *señá* Temperatura. Don Gaudencio, al verle, tuvo más frío que nunca:

—¡Chico! ¡Cuanto tiempo sin verte! ¿Cómo vas sin gabán?

—Entre otras razones porque



no le tengo. En cambio tu vas muy arropadito.

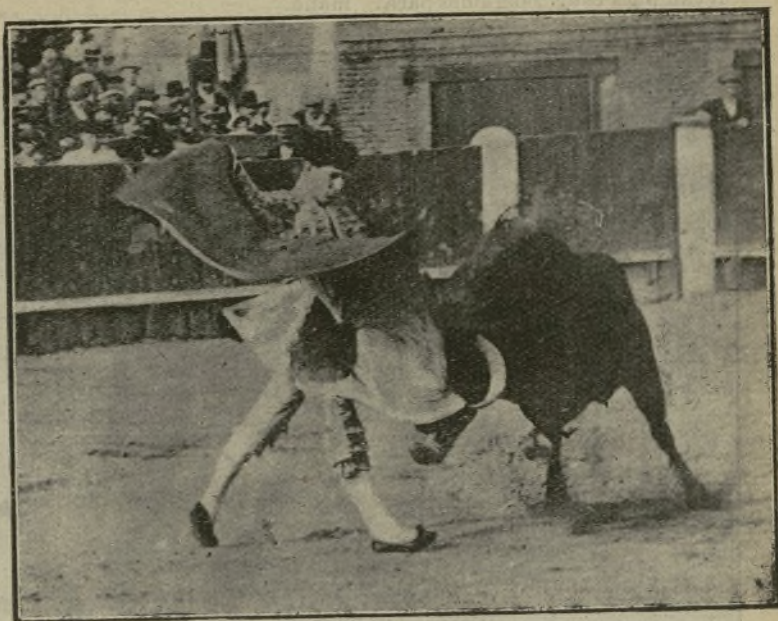
—¡Brrrrrr! Pero ¿será posible que no tengas frío?

—Te dire, me casé hace cuatro años; mi señora ha tenido la humorada de dar a luz ocho niños. y para mantener a la familia ¡sudo la gota gorda!

ARÍSTIDES FREDELVAL.



# SEMANA TAURINA



**Cocherito de Madrid en una magnífica verónica.**

Hoy le toca el turno en esta sección a un modesto matador de novillos, o José Fernández «Cocherito» de Madrid.

No siempre hemos de dedicarnos a los toreros consagrados, y de vez en cuando es justo que nos acordemos de los que no han tenido suerte en su profesión.

*Cocherito de Madrid* es un torero muy aceptable y un matador valiente. La desgracia le ha acompañado incesantemente, habiendo sufrido varias cornadas de importancia, sobre todo, la que le ocasionó un toro de la Marquesa de Cullar, en la plaza de toros de Tetuán.

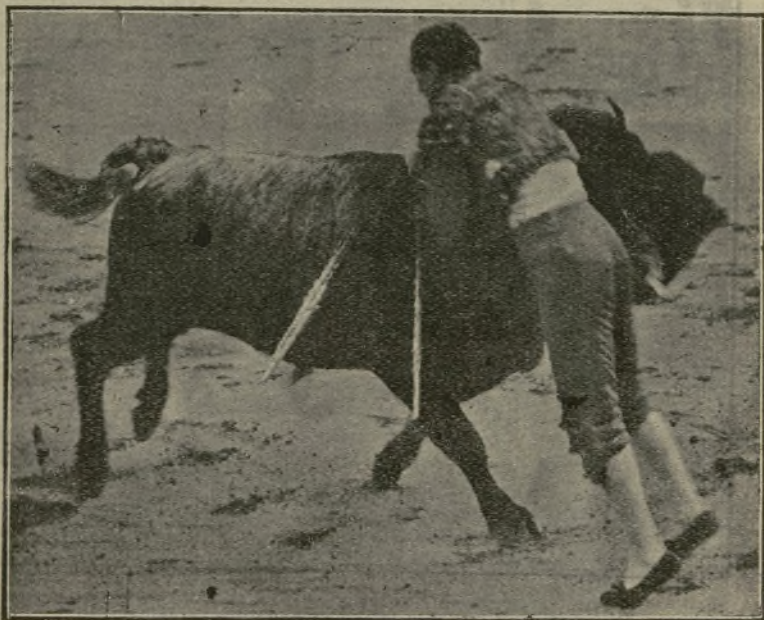
Después de esta *caricia* ha seguido arrimándose a los toros y en la novillada nocturna que toreó en la plaza madrileña, tuvo un resonante éxito con un pajaraco grande y fogueado, de Pérez Tabernero después de ésto, Retana ni ha vuelto a ponerle, habiendo cometido, a mi juicio, una gran injusticia, ya que en el transcurso de la temporada, nos presenta a muchas calamidades taurinas, por el solo hecho de la recomendación de *Gallito* o de *Belmonte*.

Los de Madrid como no tienen a nadie que mire por ellos, y los imponga a las empresas, sufren un

calvario horrible, y la mayoría de ellos caen rendidos en el transcurso de la lucha, sin haber podido ceñir en sus sienes la corona del triunfo.

Sirvan pues estos renglones para

recordar a Manolo Retana, que en Madrid existen toreros que se arrian y que no tienen la suerte de encontrar quien les eche una mano.



Cocherito de Madrid matando superiormente.

## Toros en Lima

En la capital del Perú se han celebrado los días 29 de Diciembre y 5 de Enero las dos primeras corridas de la temporada.

En ellas, según nota que facilitan los apoderados de los toreros que en ellas han tomado parte, ha habido una serie no interrumpida de ovaciones y orejas

Como todavía no ha llegado la

prensa de allá, que es de lo que podemos fiarnos, nos hacemos eco de la referencia particular, y adelantamos que Vazquez, Saleri y Dominguin, que son los espadas que han toreado han estado muy bien, en particular el de Quismondo, que ha tenido un debut afortunadísimo, Y nada mas.

CHETE



# DESDE EL GALLINERO

## EL COUPLET

El couplet, tal como hoy se usa en España, es de origen extranjero, y en pocos años a llegado a constituir un género.

Si por su importancia literaria no puede compararse con el Teatro, si es su igual por la *extensión* de los asuntos que pueden servirle de pie desde lo bufo a lo trágico. No podemos estar conformes con la opinión expresada en un artículo que hemos leído, escrito en alabanza de una coupletista del género cómico y en el cual se afirma que el couplet debe ser siempre alegre, alegando en apoyo de su opinión el que así ocurre en Francia.

Tampoco la razón alegada es cierta; en Francia siempre han existido, además del couplet alegre, el couplet sentimental y el patriótico, o por mejor decir, el patriotero, del cual hasta hoy estamos libres en España.

En la actualidad, el couplet de moda es EL RELICARIO, maravillosa creación de *Raquel Meller*, legítima gloria de la escena. El Relicario es una abreviada historia de amor, que termina con la trágica muerte del torero en la arena, y creemos que esta nota trágica es completamente legítima dentro del couplet.

Además, todo lo que tienda a limitar el campo artístico de un género, sin razones fundamentales para exigir esa limitación, ha de redundar en perjuicio del arte y de sus intérpretes.

Hay cupletistas, como *Raquel Meller*, que siempre triunfarán en la expresión dramática, como hay otras y el ejemplo lo tenemos en *Amalia de Isaura*, que posee excepcionales dotes para lo cómico, sobre todo para lo cómico que pudieramos llamar de la *extrema izquierda*, tocando en lo bufo.

La parodia, género difícilísimo, si se ha de hacer bien, tiene hoy dos artistas que lo cultivan con excelente éxito; una es *La Argentinita*, y la otra *Salud Ruiz*, que actuó recientemente en Madrid. La parodia es un género muy difícil, pues necesita un talento observador de primer orden. No basta imitar a la artista parodiada, sino que es preciso la asimilación del temperamento de la coupletista a quien se va a parodiar.

Es necesario, para realizar una parodia a la perfección, un trabajo parecido al del dibujante que quiere *estilizar* un dibujo. Primero estudiar el natural en todos sus detalles, después, suprimir todos los que no son absolutamente necesarios, dando al espectador nada más que las líneas fundamentales, características.

Y esta labor exige en la artista que parodia a otra un gran talento de observación, un gusto irreprochable y una discreción exquisita. Cualidades que no se encuentran reunidas sino en casos contadísimos.

EL OPTIMISTA.



—¿Te acuerdas de Ana, mi novia, la hija del barbero? Un día la quise raptar; salió su padre, me cogió por su cuenta y mira como me puso.

—Eso es ir por la Ana y salir trasquilado.



## LA BELLA ARTISTA TOTÓ



La bella cupletista TOTÓ que se ha dedicado con gran éxito a la comedia.

(Fot. Larregla).

# El anillo misterioso o todos detectives. El

(Continuación del primer episodio).



17.—Doña Manuela que es de armas tomar desea recuperar la *alhaja* para lo cual se viste con el traje de su marido y sin que este se entere vigila la salida.



18.—No habían transcurrido cinco minutos cuando apareció un hombre con un maletín, dándole a doña Manuela mala espina el tal sujeto. Magda y los suyos se preparan.



19.—Al dar la vuelta a la esquina el hombre del maletín se ve sorprendido por los bandidos que le ordenan apuntándole con pistolas levante las manos. Doña Manuela se arriesga a pesar de sus años y baja por el canalón.



20.—Oscar en un momento de distracción logra desasirse de sus adversarios. La criada de Magda observa la escena pues nunca pierde de vista a su señora, sabe lo intrigante que es y se ha propuesto deshacer todos sus planes.



# El anillo misterioso o todos detectives.



21.—Los apaches y su digna capitana ruedan por el suelo mientras Oscar se refugia en el portal donde está la criada esta le dice que acepte de buena voluntad su ayuda.



22.—Doña Mannela se sorprende al ver una escena que no esperaba; en lugar de ver al personaje misterioso se encuentra con una señora que trata de coger el maletín y dos individuos corriendo.



23.—Y procurando a toda costa recuperar la pipa suponiendo que está en el dichoso maletín, se abalanza sobre Magda...



24.—Y a trastazo limpio se hizo dueña de la situación y del maletín. Corre hacia su casa para llegar antes que se levante su esposo.

(Continuará).

# CHISTES Y COLMOS



Un cochero estaba muy apurado porque no tenía más que un caballo para el *landeau* que necesitaba sacar aquella tarde. Fué a ver a un compañero para que le solucionara el conflicto y como era un guason le dijo:

—Hombre no te apures; le das adormideras, se dormirá y se quedará como un tronco...



—¿Usted sabe cual es el animal más pesado?

—Si señor, creo es el elefante.

—No; el mochuelo. Usted seguramente habrá oído decir que nadie quiere cargar con el mochuelo.



—¿Por qué no puede tomar *vermut* un andaluz?

—Porque é-z-inzano.

## Directorio Artístico

**La Bilbainita.**—Viriato, 21, 1.º Madrid. Últimos éxitos: Palace Hotel, de Madrid, y varias capitales.

**Raquel Meller.**—Palace Hotel, Madrid. Últimos éxitos: Trianon Palace y Teatro Lara, de Madrid.

**Salud Ruiz.**—Escorial, 15 Madrid. Últimos éxitos: Trianon Palace, de Madrid.

**La Argentinita.**—Huertas, 55, 1.º Madrid. Últimos éxitos: Hotel Palace y Cine Fuencarral, de Madrid.

**Amalia Isaura.**—Plaza de S. Gregorio, 11 Madrid. Últimos éxitos: Teatro Romea, de Madrid.

**Haira Ben Zahar.**—Hortaleza, 33 Madrid. Últimos éxitos: Trianon Palace y Partenón, de Madrid.



presó sus pensamientos con frases entrecortadas, cuyo sentido era el siguiente:

—Es cierto,—deteniéndose y apoyando su mano en la mesa, ---que este patán ha adivinado mis temores, sin que yo pudiera disimularlos. Ella no me ama... ¡ojalá fuera tan cierto que yo no la amo a ella! Fui un idiota en intentar conquistarla para mí, cuando la prudencia me ordenaba trabajar lealmente en



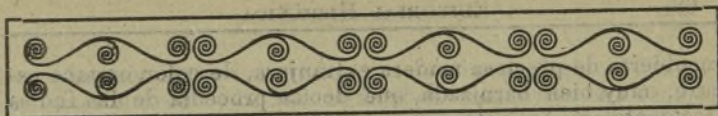
*Despachate, dijo Varney, volviendo a envainar su espada.*

pro de *my lord*. Y aquel fatal error me ha puesto por completo a su merced. Desde aquel momento, la contemplo con miedo, odio y amor, tan extrañamente combinados, que no sé si, dependiendo de mí, preferiría poseerla o arruinarla. El interés de mi amo,—y el mío, pues si él se hunde, yo también—, exige que sea ocultado este oscuro matrimonio, y yo no he de ayudarla a subir al solio, para que, una vez sentada en él, ponga su pié sobre mi cuello. Necesito interesarla, por afecto o por

miedo, y... ¿quién sabe si aún podré cosechar la más dulce venganza de su antiguo desprecio? ¡Esto sería una obra maestra de arte cortesano! Que me pidas consejo una sola vez, o me confíe un secreto, aunque sea insignificante, y serás mía, bella condesa. Volvió a pasear en silencio, volvió a detenerse, llenó y bebió una copa de vino, como para calmar su agitado espíritu, y murmurando:-- Ahora, disimularé mi corazón y me presentaré con frente serena---, salió de la habitación.







## CAPITULO VI

Cuatro habitaciones de la parte oriental del viejo palacio de Cumnor habían sido amuebladas con extraordinario esplendor, durante los días que precedieron al en que comienza nuestra historia. Obreros enviados desde Londres, y a los cuales no se permitió salir de la casa hasta terminar su obra, habían transformado las ruinosas habitaciones de aquel lado del edificio en algo digno de un palacio regio. Gran misterio se procuró en todo ello; los obreros llegaron y partieron durante la noche, y se tomaron todas las precauciones para evitar que la curiosidad de los aldeanos observara y comentara las reformas realizadas en la casa de su en un tiempo pobre y ahora enriquecido vecino. Tan bien se guardó el secreto, que sólo transcendieron vagas suposiciones recibidas y divulgadas sin que se les otorgara mucho crédito.

En la tarde a que nos referimos, los recién decorados departamentos estaban iluminados por primera vez, con tal brillantez, que hubiera podido divisarse desde media docena de millas, a no haber impedido el paso al más ligero rayo de luz gruesas maderas de roble, con sus fuertes cerrojos, y espesos cortinajes de seda y terciopelo, franjeados de oro.

Las principales habitaciones eran cuatro, comunicadas entre sí. Se ascendía a ellos por una escalera recta, extraordinariamente grande, que terminaba a la puerta de una antecámara parecida a una galería. Aquella quizá había sido usada por el Abad como sala capitular en ocasiones, pero ahora aparecía

recubierta de preciosa madera extranjera, de color castaño oscuro, muy bien barnizada, que decían procedía de las Indias Occidentales. Animaban su oscura tonalidad los candelabros de plata colgados en las paredes, y seis grandes cuadros, con ricos marcos, de los primeros maestros de la época. Una maciza mesa de roble, en un extremo de la sala, servía para el juego, entonces de moda, que se llamaba el tejo. (1) Al otro extremo, una plataforma podía servir para músicos o *mínstrels*, que contribuyeran al festejo nocturno.

Desde la antecámara se pasaba a un salón de banquetes de regular tamaño, pero bastante iluminado para que la vista quedara deslumbrada por la riqueza del mobiliario. Las paredes estaban tapizadas de terciopelo celeste y plata; las sillas eran de ébano tallado, tapizadas como las paredes, y lo iluminaba un gran candelabro de plata. Cubría el suelo una gran alfombra española, en que flores y frutos estaban representados con tan reales colores, que se dudaba antes de pisarlos. La mesa, de viejo roble inglés, lucía un mantel de hilo finísimo, y una gran vitrina transportable, con sus repujadas puertas abiertas, mostraba abundante vajilla de plata y porcelana. En el centro de la mesa estaba colocado un salero italiano, magnífica pieza de plata de unos dos pies de altura, representando al gigante *Briareo*, cuyas cien manos de plata ofrecían a los comensales variadas clases de especias y condimentos.

La tercera habitación era un gabinete, con magníficos tapices, representando la caída de *Faetonte*. El asiento principal de esta habitación era un trono, colocado sobre unas gradas, y bastante grande para dos personas. Lo cubría un dosel que, así como los almohadones y cortinas laterales y hasta la misma alfombra, era de terciopelo carmesí bordado de aljofar. En la cúspide del dosel había dos coronas, de conde y de condesa. Taburetes cubiertos de terciopelo, y algunos cojines dispuestos a la manera morisca, hacían las veces de sillas en este salón, que también contenía instrumentos de música, bastidores de bordar y otros objetos femeninos de distracción. Alumbraban la estancia hachones de cera puestos en las manos de estatuas que representaban moros armados, que en el brazo izquierdo

(1) En inglés, *shovel-board*—juego en que se va empujando con la mano una moneda hacia un punto marcado en una tabla. (Nota del traductor).



llevaban escudos redondos de plata pulimentada, que colocados entre el pecho y la luz, reflejaban esta como un espejo.

El dormitorio estaba adornado con más sobriedad, pero no con menor riqueza. Dos lámparas de plata, alimentadas con aceite perfumado, derramaban discretamente su olor y su media luz. La alfombra espesa hacía silenciosos los pasos, y el lecho, cubierto por una gran colcha de seda y oro, dejaba ver por bajo de esta sábanas de finísimo hilo. Las cortinas eran de terciopelo azul, forradas de seda carmesí con franjas de oro y bordadas con figuras que representaban los amores de Cupido y Psiché. En el tocador había una hermosa luna veneciana, con



*y date prisa a abrir a tu amo.*

marco de plata afiligranada, y a su lado una vasija de oro para la bebida nocturna. Un par de pistolas y una daga, montadas en oro, se veían junto a la cabecera, siendo las armas que se solía disponer allí, destinadas a los huéspedes de honor, más por ceremonia que para prevenir cualquier peligro. Se entraba desde la alcoba a dos tocadores o guardarropas; también rica-

—Soy indigno de tocarla, —dijo *Varney* doblando una rodilla—, a no ser como un súbdito que honra la mano de su príncipe,

Puso sus labios sobre aquellos preciosos y esbeltos dedos, llenos de anillos, y alzándose luego con gentil galantería, se dispuso a conducirla al trono, cuando ella dijo:

—No, no usaré ese aseinto hasta que *my lord* mismo me conduzca a él. Hasta ahora sólo soy una Condesa disfrazada, y no debo asumir la dignidad del título hasta que me autorice aquel a quien lo debo.

—Confío, señora, —dijo *Foster*—, en que al obedecer las órdenes de *my lord* vuestro esposo, no habré incurrido en vuestro desagrado, pues sólo cumplí un deber hacia vuestro señor y mío; pues el cielo, según dicen las Sagradas Escrituras, ha dado al esposo supremacía y dominio sobre la esposa.

—En estos momentos, —respondió la Condesa, no puedo menos de excusar la rigida fidelidad que me tuvo alejada de estas habitaciones, hasta que se me ofrecieran con apariencia tan esplendorosa.

—Mucho dinero ha costado, señora, dijo *Foster*; debo ahora dejaros, hasta la llegada de *my lord*, con el Señor *Ricardo Varney*, quien creo que tiene algo que comunicaros de parte de vuestro noble señor y esposo. *Janet*, ven conmigo, que tenemos que cuidar de que todo esté preparado.

—No, señor *Foster*, dijo la Condesa; quiero que vuestra hija se quede aquí, aunque sea a cierta distancia, para que no pueda oír lo que *Varney* tenga que decirme.

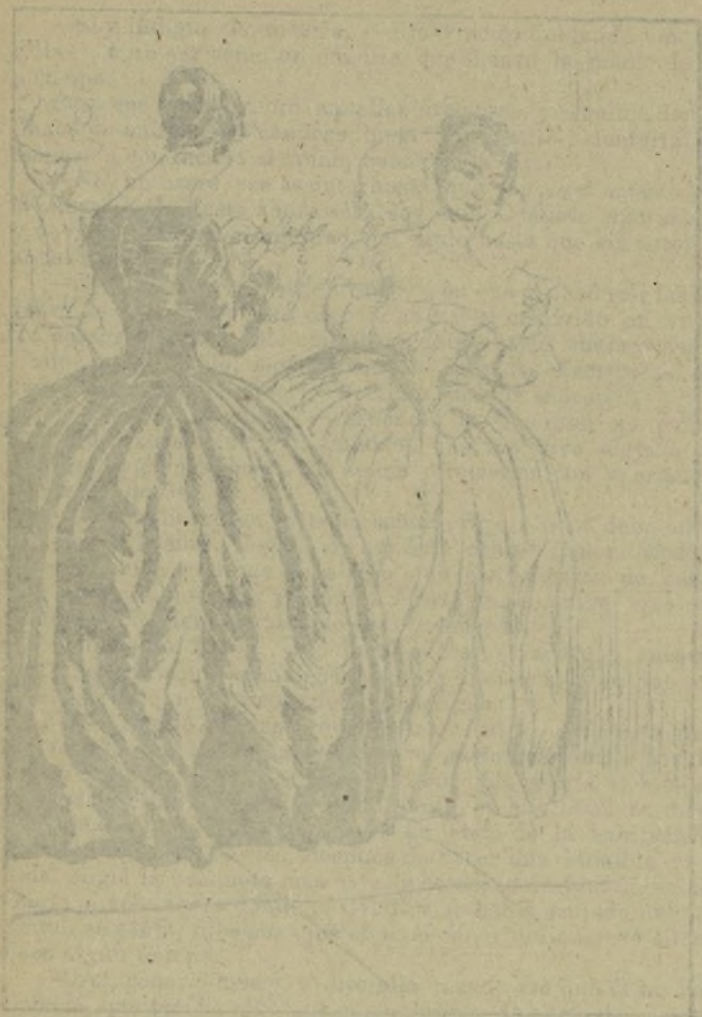
*Foster* repitió su torpe reverencia, y salió, con gesto que indicaba lo mal que le parecía el gran gasto ocasionado por la transformación de su casa ruínosa como una granja pobre en un palacio oriental. Cuando hubo salido, su hija tomó su bastidor de bordar y fué a sentarse al fondo de la habitación, mientras *Ricardo Varney*, después de hacer una humilde cortesía, eligió la banqueta más baja, y colocándola junto al montón de almohadones donde la Condesa se había sentado nuevamente, se sentó, fijó sus ojos en el suelo, y permaneció silencioso algún tiempo.

—Creí, señor *Varney*, —dijo ella cuando vió que él no hablaba—, que teníais algo que comunicarme de parte de mi señor esposo. Así me lo dió a entender el señor *Foster*, y por esa razón aleje a mi doncella; si me equivoqué, la llamaré otra vez a mi lado.





*dijo Janet mirando el collar*





—Señora, --dijo *Varney*; —*Foster* estaba equivocado en parte respecto a mis intenciones. No es *de parte* de vuestro noble esposo, sino *de él* de quien quiero hablaros,

—El asunto me es muy agradable, pero sed breve, pues espero que llegue de un momento a otro.

—Pues brevemente, y también con atrevimiento, pues ambas cosas requieren mis argumentos. ¿Habéis visto hoy a *Tressilian*?

—Le he visto ¿qué hay sobre esto?—repuso la dama con cierta viveza.

—Nada que me importe personalmente, —respondió *Varney* con humildad. Pero ¿creéis, señora, que *my lord* lo oiría con igual tranquilidad,

—Y ¿por qué no? Sólo para mí era la visita de *Tressilian* desagradable y dolorosa, pues me hizo saber la enfermedad de mi padre.

—¡La enfermedad de vuestro padre, señora! Habrá sido entonces repentina, muy repentina, pues el mensajero que yo envié, por orden de *my lord*, encontró al buen caballero cazando en el campo y animando con su habitual alegría a sus sabuesos. Creo que *Tressilian* inventó esa enfermedad, y tenía sus motivos, según sabéis bien, para turbar vuestra actual felicidad.

—Sois injusto con él, señor *Varney*, —replicó con energía la Condesa—, pues posee el corazón más franco y noble. Exceptuando siempre a *my lord*, no conozco a nadie que odie más la mentira que *Tressilian*,

—Os ruego me perdonéis, señora, —dijo *Varney*; —no pensé ser injusto con ese caballero, ni supuse que su causa os afectase tan intimamente. Un hombre puede, en ciertas circunstancias, disfrazar la verdad para conseguir un fin honrado y legítimo. Pues si siempre y en todas las ocasiones se hubiera de decir la verdad, no se podría vivir en este mundo.

—Teneis conciencia de cortesano, señor *Varney*, —dijo la Condesa—; y no sera vuestra veracidad lo que os estorbe para adelantar en el mundo. Pero en cuanto a *Tressilian*, debo hacerle justicia, en compensación de mal que le hice, como sabéis bien. La conciencia de *Tressilian* es de otra casta; por esto le amaba mi padre, y debí haberle amado yo misma... a ser posible. Y sin embargo, tenía razones tan poderosas, ignorando mi matrimonio y el nombre de mi esposo, para desear sacarme de esta casa, que es posible creer que exagerase el mal de mi pa-

dre, y que tus noticias, más agradables, sean también más ciertas.

—Creedme si os digo que lo son, respondió *Varney*; no pretendo presentarme como campeón de esa virtud desnuda que llaman «La Verdad», pero formaría un concepto demasiado bajo de la cabeza y el corazón de un hombre a quien mi noble señor se digna llamar amigo. si me creyeséis capaz de imponeros una falsedad innecesaria, que en breve sería descubierta, en asunto que tanto interesa a vuestra felicidad.

—Señor *Varney*, —dijo la Condesa; —sé que *my lord* os estima y os cree un bueno y fiel piloto en aquellos mares por donde él navega con tan alta y peligrosa ventura. No creas que al decir la verdad en defensa de *Tressilian* piense acusaros. Tened en cuenta que me crié en el campo y prefiero la rústica veracidad a los cortesanos cumplimientos; pero al cambiar de esfera, espero cambiar mi manera de ser.

—Ciertamente, señora, —respondió *Varney* sonriendo—, aunque sea dama la más noble, virtuosa y perfecta entre las que rodean el trono de la Reina, hubiera evitado decir la verdad en alabanza de un pretendiente rechazado, delante del confidente de su noble esposo.

—Y ¿por qué motivo, —dijo la Condesa enrojeciendo de impaciencia. —no había yo de hacer justicia a los méritos de *Tressilian* delante del amigo de mi esposo..., y aún de mi esposo mismo y del mundo entero?

—Y ¿con igual franqueza vuestra señoría piensa contar esta noche a mi noble señor, vuestro esposo, que *Tressilian* ha descubierto vuestra residencia, tan celosamente ocultada a todos, y que habeis tenido una entrevista?

—Sin la menor duda, —dijo la Condesa—, será lo primero que le diga, y repetiré palabra por palabra lo que me dijo *Tressilian* y lo que yo le respondí.

—Vuestra señoría hará su gusto, —respondió *Varney*—, pero creo que, puesto que nada exige semejante franqueza, sería mejor que os ahorrárais a vos ese trabajo, a *my lord* la tranquilidad, y al señor *Tressilian*, puesto que parece que debemos preocuparnos con él, el peligro que ha de derivarse.

—No puedo comprender esas terribles consecuencias, —dijo la dama tranquilamente, —a no ser suponiendo en *my lord* pensamientos indignos, que confío en que jamás abrigó su generoso corazón.

—Lejos de mí el suponerlo, dijo *Varney*. Y después de un



momento de silencio, añadió con sincera o afectada sencillez, muy distinta de su habitual afectación cortesana.

--Escuchad, señora; voy a demostraros que un cortesano se atreve, como cualquiera otro, a decir la verdad, aun con propio riesgo, cuando está por medio el interés de aquellos a quienes honra y considera.

Hizo una pausa, como para dar lugar a que la dama le ordenase o le consintiera continuar; mas como ella continuase callada, prosiguió, aunque con visible precaución.

--Mirad en derredor vuestro, noble señora, y observad las barreras de que se ha rodeado a este lugar, y el estudiado misterio con que se oculta a las miradas de los admiradores, la joya más espléndida que existe en Inglaterra. Ved con cuanto rigor se limita vuestros pasos fuera de este recinto, bajo las órdenes de ese patán de *Foster*. Pensad en esto, y juzgad cual pueda ser la causa de tantas precauciones.

--El agrado de *my lord*;--respondió la Condesa--, y no debo buscar otro motivo.

--Ese es su gusto, verdaderamente,--dijo *Varney*--, originado por un amor digno de quien lo inspira; pero quien posee un tesoro, y lo aprecia, se siente ansioso, en igual proporción, de asegurarlo contra ajenas depredaciones.

--¿Qué necesidad hay de toda esta conversación? Si quereis hacerme creer que mi señor está celoso, yo conozco como curar sus celos.

--¡Ciertamente, señora!--dijo *Varney*.

--El medio es decir la verdad siempre a *my lord*; mantener a su vista mis pensamientos tan claros como este espejo, de modo que cuando mire a mi corazón, sólo vea en él el reflejo de su propia imagen.

--Enmudezco, señora,--respondió *Varney*--; y no teniendo motivos para interesarme por *Tressilian*, quien me daría la muerte, si pudiera, me conformaré fácilmente con el mal que pueda sobrevenirle como consecuencia de nuestra franca confesión respecto a su intromisión en vuestro retiro. Vos, que conocéis a *my lord* mejor que yo, juzgareis si dejaría el insulto sin venganza.

--Ciertamente,--dijo la Condesa--, si me convenciera de que yo podía ocasionar la pérdida de *Tressilian*, después de haberle ocasionado tanto daño, me callaría. Pero ¿de qué podría servir, puesto que le han visto *Foster* y alguna persona más, No, no insistais. *Varney*; diré toda la verdad a *my lord*, y al

mismo tiempo disculparé de tal modo la locura de *Tressilian* que incline el corazón de mi esposo, no sólo a perdonarle, sino a favorecerle.

—Vuestro juicio es muy superior al mío, señora, tanto más cuanto que podeis tantear el hielo antes de arriesgaros sobre él, hablando de *Tressilian* a *my lord* y observando como recibe su nombre. En cuanto a Foster y a sus criados, no conocen de vista a *Tressilian*, y podré darles cualquier explicación sobre la visita del desconocido.

La dama, después de meditar un instante, respondió:

—Si verdaderamente *Foster* no sabe aún que la persona a quien vió es *Tressilian*, yo preferiría que no lo supiese; ya me trata con bastante dureza, y no le quiero como confidente ni juez de mis asuntos.

—¡Bah!—dijo *Varney*—; ¿qué tiene que mezclarse en nuestros asuntos ese lacayo grosero? Si en algo ha disgustado a vuestra señoría, yo haré que le sustituyan por un mayordomo que os sea más agradable.

—Señor *Varney*, dijo la Condesa—; dejemos este asunto. Si alguna vez me quejo de los servidores de que *my lord* me ha rodeado, lo haré a él directamente. ¡Ah! oigo las pisadas de un caballo; debe ser el de *my lord*; ¡ya viene! ¡ya viene!—exclamó levantándose como en un éxtasis.

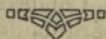
—No es posible que oigais a través de los espesos muros.

—No me detengais, *Varney*; mi oído es más fino que el vuestro... ¡él es!


—Pero... ¡señora, señora!—exclamó con ansiedad *Varney*, sin quitarse de enmedio—. Confío en que lo que os he dicho para vuestro provecho no se volverá en contra mía para arruinarme... Ruego...

—Tranquilizate,—dijo la Condesa, y suelta mi falda; es mucha osadía el sujetarme; tranquilizate; no me acuerdo de tí.

En aquel momento las puertas se abrieron, y un hombre de aspecto majestuoso, embozado en una gran capa de montar, entró en la habitación.







## CAPITULO VII

Quedaba en la frente de la Condesa, como rastro de la persistencia de *Varney*, cierta expresión de desagrado, que se transformó en la del más puro afecto y alegría, al verse entre los brazos del noble personaje que entraba, y estrechándole contra su pecho exclamó:

--¡Al fin! ¡Al fin habeis venido!

*Varney* salió discretamente en el momento de entrar su señor.

Lo mismo iba a hacer *Janet*, cuando su ama la hizo señas de que se quedase.

*Janet* se dirigió al otro extremo de la habitación, y allí quedó de pié, como dispuesta a prestar los servicios que se le ordenara.

Entre tanto el Conde, pues no era inferior su rango, devolvía las caricias de su señora con el más ardiente afecto, pero afectó cierta resistencia cuando ella quiso despojarle de la capa que le cubría.

--¡Ah!--dijo ella--; yo os descubriré. Quiero saber si habeis cumplido vuestra palabra de venir vestido como el gran personaje que sois en el mundo, y no, al igual que hasta ahora, como un caballero particular.

Eres como el resto de la humanidad, *Amy*,--dijo el Conde, consintiendo que ella cumpliera su capricho.-- Estimas en más las joyas, plumas y sedas, que al hombre a quien engalanan. Hay malas espadas que hacen buen papel en una vaina de terciopelo.

--Pero eso no puede nadie decirlo de vos, noble Conde,--dijo la dama, al mismo tiempo que la capa caía al suelo, des-

cubriendo un vestido como el de un príncipe vestido de gran gala.--Vos sois de buen acero, bien probado, cuyo mérito intrínseco merece, pero desdeña los ornamentos exteriores. No creais que Amy os puede amar más en este espléndido vestido, que cuando llevábais una modesta capa en los bosques de Devon.

--Y vos también, dijo el Conde, conduciendo a la hermosa dama hacia el trono,--también vos, amor mío, os habeis vestido un magnífico traje, que conviene a vuestro rango, aunque no puede aumentar vuestra belleza. ¿Qué opináis de nuestros trajes cortesanos?

La dama, después de lanzar al paso una ojeada al espejo, respondió así:

--No sé en qué consiste; pero no me acuerdo de mi persona mientras miro en el espejo tu imagen. Sentaos aquí como algo digno de adoración,--dijo conduciéndole al trono.

--Sí, amor mío, si quereis compartir el asiento conmigo:

--No; yo me sentaré a vuestros pies, para aprender, por vez primera, como se viste un príncipe.

Y maravillada, como una niña, cuya educación campesina no sólo disculpaba su actitud, sino que aun le prestaba cierto encanto, mezclada como iba con cierta ternura de esposa, miró y admiró de pies a cabeza el magnífico vestido de aquel noble personaje, principal ornato de la Corte de la Reina de Inglaterra.

Halagado por la admiración de su esposa, y sonriendo ante la candidez manifestada en las preguntas de ella, las nobles facciones del Conde expresaban sentimientos más amables que el gesto dominante, habitual en él.

—Esta cinta bordada, como la llamáis, que llevo alrededor de la rodilla, es la Orden de la Jarretiera, condecoración que los reyes llevan con orgullo. Esta estrella es de la misma Orden, así como el Jorge de diamantes; ya habréis oído contar cómo el Rey Eduardo y la Condesa de Salisbury...

—Conozco toda la historia, —dijo la Condesa con ligero rubor—, y cómo la liga de una gran dama se convirtió en la más elevada venera de los caballeros ingleses.

—Así es; y tuve la fortuna de recibirla juntamente con tres de los más nobles caballeros de la Orden: el Duque de Norfolk, el Marqués de Northampton y el Conde de Rutland. Yo era entonces el más humilde de los cuatro; pero quien sube una escala, debe comenzar por el último peldaño.



—Y este otro magnífico collar, de tan rica labor, con un colgante que semeja un cordero, ¿qué es? ¿qué significa este emblema?

—Este collar, —repuso el Conde—, en que alternan cuentas y eslabones, es la noble Orden del Toisón de Oro, que pertenece a la Casa de Borgoña. A ella van unidos grandes privilegios, pues aún el mismo Rey de España, que ha heredado los honores y estados de Borgoña, no puede juzgar a un noble de la Orden, sin consentimiento y presencia del capítulo de la misma.



*Tu no hablas sino por metáforas...*

Y ahora ya estarán satisfechos tus deseos.

Pero, como de costumbre, la satisfacción de un deseo ha dado origen a otro. Ahora quisiera veros entrar en estos magníficos departamentos, vestido con el modesto traje con que conquistasteis el corazón de la pobre *Amy Robsart*.

Es un deseo fácil de satisfacer. Mañana me vestiré ese traje.

Y ¿podré acompañarte a uno de tus castillos, para ver el contraste de vuestra rigosa morada con vuestro vestido de aldeano?

—Qué,—dijo el Conde—, no están estos salones decorados con suficiente esplendor? Mis órdenes no fijaron límites, y han sido medianamente obedecidas. Si creéis que falta algo, dispondré que se haga.

No, *my lord*, no os burleis de mí. Pero ¿no podrá en breve vuestra esposa verse rodeado de los honores que corresponden a las grandes señoras, como mujer reconocida del más noble *lord inglés*?

¿En breve? Si, *Amy*, amor mío; algún día llegará a ocurrir eso, y de seguro no lo deseais tanto como yo. ¡Con que placer me retiraré entonces de los trabajos del Estado y la ambición, para pasar mi vida con dignidad y honor en mis extensos dominios, en compañía de mi adorada *Amy*! Pero aun no es posible, y solo puedo concederte estas furtivas entrevisats.

Pero ¿por que no puede ser inmediatamente? Las leyes de Dios y de los hombres lo demandan por igual, ¡Si lo deseais tanto como yo, poderoso como sois, qué obstáculos podrían oponerse a vuestro deseo.

La frente del Conde se puso sombría.

*Amy*, dijo; no sabeis lo que decís; los cortesanos nos parecemos a aquellos que, subiendo una montaña de arena, sólo pueden atreverse a detener su ascenso al llegar a alguna roca que permita afirmar el pié. Si nos detenemos antes de tiempo, volvemos a deslizarnos hacia abajo, entre la irrisión general. Estoy en posición elevada, pero aun no bastante segura para poder hacer mi gusto, Publicas mi matrimonio, sería arruinarme. Pronto llegará el día en que pueda realizarlo; entre tanto, no acibareis nuestra presente felicidad, deseando lo imposible. ¿Que tal se porta *Foster* con vos? Siempre respetuoso, supongo, o tendrá que arrepentirse.

Algunas veces me recuerda la obligación de mantenerme recluida,—respondió la dama suspirando—, pero es por cumplir vuestro deseo.

Yo os he expresado la urgente necesidad en que estamos. *Foster* es algo duro de carácter, pero *Varney* me responde de su fidelidad. Sin embargo, si teneis alguna queja de él, lo pagará.

¡Oh! no tengo queja, puesto que se muestra fiel hacia vos. Y su hija *Janet* es la mejor compañera de mi soledad.

¿Si?—dijo el Conde; quien se os muestra agradable, no carecerá de recompensa. Venid aquí, joven.

*Janet*,—dijo la dama,—venid; *my lord* os llama.

*Janet* se aproximó, haciendo la debida cortesía, y el Conde no pudo evitar una sonrisa al observar el contraste de su sencillez traje y su escrupuloso esmero con su belleza y sus ojos negros, que reían a pesar del esfuerzo para aparecer grave.



Os estoy agradecido, linda joven,—dijo el Conde—, por la satisfacción que vuestros servicios causaban a esta señora.

Al decir esto, se quitó del dedo un anillo de algún valor, y se lo ofreció a *Janet Foster*, añadiendo:

Tomad esto, en memoria de ella y mía.

—Me complace mucho, *my lord*, respondió *Janet*, que mis modestos servicios hayan agradado a su señora, a quien nadie puede tratar sin sentirse deseoso de agradarla; pero los que pertenecemos a la congregación del señor Holforth, no queremos, como las alegres hijas del mundo, llevar anillos de oro, ni joyas al cuello, como las mujeres vanas de Tiro y Sidón.

—¡Oh! Parecéis un grave profesor de la cofradía de los exigentes—, dijo el conde. Tomad esto que no tiene deligión y gastadlo como os acomode.

Y puso en su mano cinco monedas de oro, indicándole que apresurase el momento de servir la cena.

—He rogado a *Varney* y a *Foster* que cenén con nosotros, dijo la condesa—. ¿Os parece bien?

—Siempre me parecerá bien lo que hagáis, mi querida *Amy*—, replicó su esposo. Me agrada que hayas tenido esa atención hacia ellos, pues *Ricardo Varney* es mi hombre de confianza, y por ahora necesito confiar en *Foster*.

—Tenía que pedir os una gracia, y un secreto que revelar os, mi querido *lord*—, dijo la condesa balbuceando.

—Dejemos ambas cosas para mañana, amor mío—, replicó el conde. Veo que abren las puertas de la sala de los banquetes, y como he cabalgado de prisa y mucho tiempo, me sentará bien una copa de vino.

Al decir esto, condujo a su esposa a la habitación inmediata, donde *Foster* y *Varney* los recibieron con las más profundas reverencias, que fueron devueltas con negligencia por el conde, y con más escrupulosidad por la condesa.

El banquete fué magnífico, aunque sólo estaba *Janet* para servir. El conde y la condesa se sentaban al extremo superior, y *Varney* y *Foster* al otro lado del salero, según era entonces costumbre para los comensales de categoría inferior.

Al fin llegó la hora del descanso; el conde y la condesa se retiraron a su habitación, todo permaneció silencioso en el castillo durante el resto de la noche.

Tenprano, en la mañana siguiente, *Varney* actuó como ayuda de cámara del Conde y como caballero, aunque este era su verdadero empleo en aquella casa montada con tal magnificencia, que en ella los caballeros de buena familia prestaban gus-

tosos aquellos servicios inferiores, como los mismos nobles los desempeñan en los palacios regios.

*Varney*, descendiente de una antigua familia venida a menos, había sido page del Conde durante la primera época en que su fortuna no estaba tan alta, y fiel en la adversidad, consiguió después hacerse no menos útil en el espléndido y rápido avance por el camino de la fortuna.

—Ayúdame a vestirme con un traje de montar más sencillo,—dijo el Conde quitándose su bata de mañana, de seda ramada y con forro de marta—, y guarda en lugar seguro estas cadenas y grillos,—esto, señalando a los collares de las órdenes que estaban sobre una mesa. Su peso casi me rompió el cuello anoche. Casi estoy por no usarlo más; son medios que inventaron los bribones para encadenar a los necios. ¿Qué opinas, *Varney*?

—A fe mía, mi buen señor, creo que grilletes de oro no son como los demás. Cuanto más pesados mejor.

—Sin embargo, *Varney*, estoy casi resuelto a no dejarme encadenar por ellos a la corte durante más tiempo. ¿Qué podrán aumentar nuevos servicios y favores a los extensos dominios y la rango que ya poseo? ¿Qué es lo que llevó al cadalso a mi padre, sino el no someter sus deseos a los límites del derecho y la razón? Casi estoy resuelto a no arriesgar más tormentas y sentarme tranquilamente en la orilla.

—Y dedicaros a recoger conchas, con la ayuda de Cupido—dijo *Varney*.

¿Qué quieres decir? replicó el conde con viveza.

—No os enfadeis conmigo. Si vuestra señoría encuentra tanta felicidad en una dama tan amable, que por disfrutar de ella con alguna más libertad, consentís en renunciar a todo cuanto hasta ahora fué el objeto de vuestra uida, algunos de vuestros servidores lo pagaría; pero vuestras bondades me han puesto a tal altura, que siempre podré sostenerme en el rango que corresponde a un alto servidor de vuestra familia.

—Y sin embargo, no pareces muy satisfecho de que yo abandone un camino peligroso, que puede llevarnos a nuestra común ruina.

—¿Yo, *my lord*?—dijo *Varney*.—No seré yo quien incurra en el desagrado de su majestad y en el ridículo de la corte, cuando vean deshacerse, como el rocío de la mañana, el edificio más grande que jamás se fundó sobre el favor de un príncipe. Sólo quisiera que pensaseis bien, antes de dar un paso irremediable, en vuestra fama y vuestra felicidad.



## AVISO

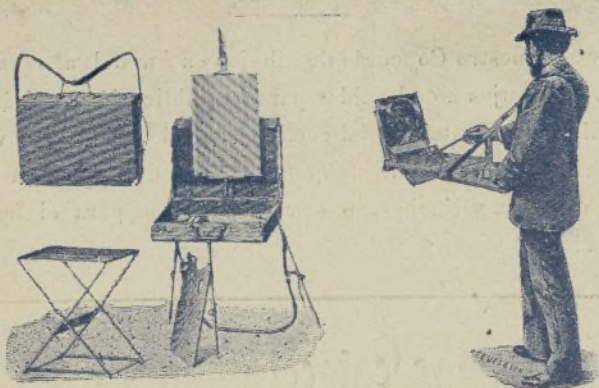
Cerrado nuestro Concurso de dibujos en fin del año pasado, los autores de dibujos no admitidos para su publicación, podrán retirar-los mediante presentación del recibo talonario. Los de provincias se servirán comisionar a persona que recoja los dibujos en la administración de «Día y Noche», o enviarnos sellos para el franqueo y certificado.

## A los coleccionistas de nuestros folletines encuadernables

Con objeto de que nuestros nuevos lectores puedan completar las novelas que tenemos en publicación, publicamos en cada número de DIA Y NOCHE un cupón, el cual será canjeable por uno de los pliegos de novela publicados en números anteriores. Así, nuestros compradores podrán ir completando los folletines atrasados, sin más que ir comprando los números corrientes de DIA Y NOCHE. El canje se hará en nuestra Administración, Cardenal Cisneros, 47, o en la Calle del Carmen, 6 y 8 “Casa Viuda de Pontes”.

**Día y Noche**

Cupón canjeable por un  
pliego atrasado de novela



## **CASA VIUDA DE PONTES**

Tiene surtido completo en cajas de  
**OLEO Y ACUARELA**  
 LIENZOS BELGAS

Esta Casa es siempre la más surtida  
 y tiene IMPRENTA PROPIA

**CARMEN, 6 y 8** (cerca de la Puerta del Sol)

## **IMPRENTA HISPÁNICA**

*Cartas, Sobres, Facturas, Memorandums, Circulares,  
 B. L. M., Tarjetas, Recibos, Talonarios,  
 Etiquetas, etc.*

*Catálogos, Folletos, Libros y Revistas.*

**Cardenal Cisneros, 47**

**Tel. J. 9-23**

**MADRID**